

Señales

La verdad es que cuando empecé a hacer el Camino no estaba en las mejores condiciones. Es más, si me apuran les diré que estaba en una encrucijada terrible. A veces la vida es cruel y cuando menos te lo esperas te hace tomar una decisión sabiendo que si te equivocas te vas a arrepentir el resto de tu vida. Me llamo Juan, soy ingeniero químico e hice el Camino desde Jaca a Muxía hace tres años.

Ahora que miro hacia atrás con algo de perspectiva pienso que he sido muy afortunado en mi vida, pero, créanme, hace tres años no pensaba igual. He nacido en una familia estructurada, que no era perfecta, pero que comía pavo en Navidad y en agosto veraneaba en Benicasim. En los estudios no fui brillante. Conseguí terminar la carrera y a los pocos meses empecé a trabajar en una multinacional de hidrocarburos. Con las chicas no me ha ido mal, en mis años de estudiante tuve un par de parejas y múltiples escarceos que tan pronto aparecían en mi vida como desaparecían de mi memoria. Poco después de empezar a trabajar en la empresa conocí a Julia. Es profesora de secundaria y puedo decir que aquello fue un flechazo. En aquella época los dos vivíamos de alquiler en pisos de solteros y reducir gastos fue la excusa perfecta para irnos a compartir alojamiento y vida a los cuatro meses de conocernos. Todo iba bien, nos reíamos mucho y los dos aceptamos que nuestros planes de futuro juntos nunca iban más allá del siguiente fin de semana.

El día fatídico fue el 15 de marzo. Lo recuerdo como si fuera ayer. En cuanto llegué al despacho encontré una nota en mi mesa. El gerente quería verme. Tragué saliva. Entré en el despacho del gran jefe sin saber qué pensar. Sólo esperaba que el nudo que llevaba en el estómago no me impidiera responder a sus preguntas y expresarme con claridad. El gerente apenas me dedicó unos minutos. En resumidas cuentas, la empresa acababa de abrir una delegación en la provincia de Santa Cruz, en la Patagonia argentina, y por mi experiencia y formación, el departamento de recursos humanos había pensado que yo era el candidato perfecto para liderar el equipo de ingenieros de la nueva delegación. El cambio de destino llevaba asociado un incremento importante de sueldo, que junto a extras e incentivos hacían el nuevo destino casi irrechazable. Cuando volví a mi despacho la cabeza me daba vueltas. De un lado, era la oportunidad de mi vida y no sólo por el sueldo. Las posibilidades de llegar a ser

alguien importante en la empresa se multiplicaban. La contrapartida era romper con todo mi mundo, absolutamente todo.

Llegué al apartamento lleno de dudas y encontré a Julia sentada en la cocina. Sé que me oyó entrar, pero no dijo nada y tampoco se volvió a saludarme. La razón de esa actitud tan extraña se hizo patente cuando me acerqué a la mesa. Tenía en las manos un test de embarazo en el que destacaba una inequívoca marca rosa. Decía que la vida a veces tiene coincidencias crueles y reconozco que no estaba preparado para afrontarlas. No estábamos buscando niño. Ni siquiera habíamos hablado nunca de formalizar la relación. Simplemente habíamos sido unos inconscientes y la realidad nos había estallado en las manos en forma de mancha rosa. Una inequívoca mancha rosa que nos decía que había un invitado inesperado aferrándose a la vida en el vientre de Julia. La presión y el miedo hicieron que tanto ella como yo desempolváramos nuestra peor versión. Tuvimos una discusión horrible y nos dijimos cosas que nunca pensábamos que diríamos, probablemente porque realmente no las sentíamos. Me duele recordar esos momentos y no quiero ahondar en detalles, pero el resultado fue que esa tarde metí mis cosas en una maleta y pasé la noche en vela en una pensión. Finalmente, a las seis de la mañana me pudo el cansancio y caí en una especie de letargo. A las once me despertó una llamada en el teléfono móvil. Era Luis, un compañero de trabajo para el que no tengo suficientes palabras de agradecimiento por lo que hizo por mí. Me preguntó si había pasado algo y le solté a bocajarro que me habían ofrecido un nuevo destino en la Patagonia, que había discutido con Julia y que estaba embarazada.

- No hagas ninguna tontería. Dime donde estás y voy a buscarte.

Nos tomamos un café en el bar de la pensión. Le conté con detalle todo lo que había pasado y cómo sentía que mi mundo se desmoronaba. No sabía qué hacer, me encontraba perdido. En mis tribulaciones, pensaba que quería a Julia o creía que la quería, pero no estábamos preparados para ser padres y la posibilidad de irme a Argentina me atraía mucho, pero también me daba un vértigo atroz romper con mi vida.

- No sé qué hacer.

- Sólo se me ocurre una cosa.

Recuerdo que clavé los ojos en los de mi amigo.

- Coge las vacaciones -dijo con aplomo- y haz el Camino de Santiago...

- Estás loco, eso es absurdo.
- ... pero debes hacerlo solo. Sin teléfono móvil. Cuando sientas la necesidad, encontrarás la manera de comunicarte...
- No puedo hacer el Camino de Santiago así, por las buenas... ahora no.
- ... y sobre todo, abre bien los ojos. Debes estar atento a las señales del Camino. No te imaginas cuánto pueden enseñarte.

Esa tarde me compré una mochila, conseguí una credencial de peregrino y arreglé las cosas en la empresa. A la mañana siguiente salí para Jaca y tal cual me bajé del autobús busqué la primera flecha amarilla y empecé mi Camino. Los primeros días caminaba hasta la extenuación. De joven fui muy deportista y conservo unas piernas fuertes. Apenas hablaba con nadie y hacía reserva en el mejor hotel del pueblo donde pensaba pasar la noche. Llevaba un paso rápido, como si huyera, como si quisiera dejar detrás mis propios miedos y egoísmos sin darme cuenta de que la auténtica forma de vencerlos no era huir, sino enfrentarme a ellos. En estos primeros días, mi Camino se pareció más a una carrera de resistencia por etapas que a una peregrinación.

Todo empezó a cambiar un día en el que cayó una tormenta de granizo. La pedriza era de un tamaño considerable y cruzar el campo abierto habría sido peligroso, así que cambié de planes y decidí terminar la jornada en una aldea sin hoteles donde el único alojamiento posible era un albergue de peregrinos. Confieso que entré allí con cierta reticencia. La palabra albergue la tenía asociada a los albergues de transeúntes que acogen temporalmente a gente sin hogar. Pensaba que aquel no era mi sitio y que con seguridad no tenía nada en común con la gente que allí se hospedaba. Nada más lejos de la realidad.

El albergue era austero, pero se veía a todas luces que el hospitalero había conseguido crear un entorno acogedor. No éramos muchos peregrinos. Me estaba quitando las botas cuando descubrí a un tipo inmenso acostado en la cama de enfrente. Era alemán. Intercambiamos algunas palabras de cortesía en inglés y me preguntó por qué estaba haciendo el Camino.

- Un amigo me lo recomendó -dije sin entrar en detalles-.

El alemán sonrió de oreja a oreja. Su mirada estaba llena de franqueza.

- Estás buscando respuestas. Como todos.

Me sentí como un niño pillado en falta. Aquel tipo parecía haberme leído la mente.

- No te preocupes -continuó-. Las encontrarás. El silencio ayuda mucho.

El tipo se dio media vuelta y no volvimos a hablar más. A la mañana siguiente el día amaneció despejado. Por alguna razón no me apeteció hacer una jornada larga. Al contrario, me apetecía dejar de correr y empezar a disfrutar del paisaje. Quizá en ese momento no era consciente, pero creo que el Camino había empezado a enseñarme que huir no serviría para nada. Lo que sí tenía claro es que en mi próxima parada dormiría en un albergue.

Empecé a relacionarme con otros peregrinos. Cada uno tenía una historia que contar. Algunos sólo buscaban experiencias, hacer deporte o conocer gente y lugares nuevos. Otras historias me impresionaron y se fueron depositando en mi alma sin que yo me diera cuenta. Recuerdo a Javier, que caminaba apoyado en una muleta. Siempre llegaba con una sonrisa. El día que me atreví a preguntarle me contó que había tenido un ictus, que había salido del hospital en silla de ruedas y que se había prometido a sí mismo que si algún día volvía a caminar, haría el Camino de Santiago. Recuerdo a Raquel, cuya fe sí que era capaz de mover montañas. A Steven y Conchita, que se conocieron en el Camino y habían vuelto para celebrar su décimo aniversario de casados. A Olaf, peregrino octogenario que me enseñó el valor de disfrutar del aquí y el ahora. A José y a su hijo... tantas y tantas historias que son imposibles de relatar aquí, pero para las que guardo un hueco en mi corazón.

Un día, casi llegando a Santiago, amaneció con mucha niebla. Me levanté muy temprano y como cada día, salí a caminar solo. La mañana se presentó como de costumbre, pero en algún momento caí en la cuenta de que hacía varios minutos que no veía flechas amarillas. Ya tenía suficiente experiencia como para saber que a veces las flechas están distanciadas unas de otras, así que no me preocupé y seguí adelante. Continué varios kilómetros y no vi ninguna flecha. La niebla se tornó en lluvia fina y deseé encontrar a alguien a quien preguntar, pero el clima no acompañaba y no encontré a nadie. Debo reconocer que maldije a Luis por recomendarme salir sin móvil y también a mí mismo por hacerle caso. Al rato me convencí de que me había perdido. Me detuve, giré sobre mis talones y volví hacia atrás deshaciendo el Camino andado. La llovizna se tornó aguacero y fueron unos kilómetros muy duros. Finalmente, llegué a un cruce y encontré la flecha que no vi horas atrás. Llegué empapado y aterido al albergue con la

puesta de sol. Le contaba la experiencia al hospitalero mientras me tomaba los datos cuando éste levantó los ojos del registro.

- El Camino es la vida -me dijo-. A veces se nos presenta una encrucijada y tomamos una decisión sin estar atentos a las señales. Esta vez has tenido el valor de reconocer que no tomaste la decisión acertada e hiciste bien en volver sobre tus pasos. Ojalá sea así siempre.

Me quedé perplejo. Aquel tipo no me conocía de nada y las referencias que había hecho a las señales del Camino encajaban perfectamente en mi vida. Esa noche, en mi litera, fui repasando decenas de pequeños detalles que habían hecho del Camino de Santiago una experiencia transformadora. El silencio de Eunate, el cura de Hontanas que me animó a caminar sin miedos, la piedra que dejé en la Cruz de Ferro, la luz de las vidrieras de la *Pulchra Leonina*, el amanecer en Mostelares... todo, más incluso que las flechas, eran las señales que apuntaban hacia mi destino.

Llegué a Santiago una mañana luminosa. Fui a la misa del peregrino, di el abrazo al Santo y recogí mi Compostela, pero sabía que no podía volver inmediatamente. Necesitaba decantar el cúmulo de experiencias y dar forma a esa respuesta que sabía que el Camino había forjado en mi interior. Tres días después llegué a Muxía. Desde la *pedra de abalar* vi al sol sumergirse en el océano infinito y en ese momento tomé una decisión. Miré al horizonte y sonreí.

Tardé varios meses en convencer a Julia de que el Camino me había abierto los ojos *hacia lo que no se ve*, pero tras muchos cafés, muchos paseos y muchas conversaciones a corazón abierto conseguimos derribar los diques y dejar que la ternura volviera a nuestras vidas. Seis meses después de mi Camino volvimos a vivir juntos. Respecto a la oferta irrechazable para irme a Argentina, mi decisión fue dejar la multinacional y ahora trabajo para una empresa de fertilizantes. Lo mejor de todo es que la fábrica está en el mismo pueblo donde Julia da clases y podemos hacer vida familiar. Ver crecer a mi hija María es lo mejor que me ha pasado en la vida. El verano que viene vamos a ir de vacaciones a Galicia. Julia no sospecha nada, pero mi intención es ir a Muxía. Quiero ver con ella la puesta de sol, compartir la magia de ese momento y pedirle que se case conmigo sobre la piedra donde entendí las señales del Camino y, sin duda, tomé la mejor decisión de mi vida.

Juan Martel